

LA LOCURA DE IÑIGO DE LOYOLA Y DON QUIJOTE EN VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO

JOSÉ ALIPIO GARCÍA MENÉNDEZ
IES Monte Naranco de Oviedo (Asturias)

RESUMEN: Realizamos una lectura comentada de la obra de Miguel de Unamuno *Vida de Don Quijote y Sancho* para analizar la comparación de las locuras que presenta entre el ingenioso hidalgo y la Vida de Íñigo de Loyola narrada por su biógrafo el padre Pedro de Rivadeneira. Se contrapondrán las dos locuras como reflejo de lo fuera de lo común del alma de un pueblo, que le llevó a crear un imperio, y también la del vasco que en el fondo son la misma, pues éstas se encuentran plasmadas en el alma española. Además, hemos tratado de poner de manifiesto la locura del propio Unamuno con su afán de inmortalidad que consigue ocupar un lugar en la vida de la fama junto con los personajes analizados, que ya la habían logrado con anterioridad y gracias a no ser lo que se entiende por personas juiciosas que son las que no logran construir nada interesante en la vida.

PALABRAS CLAVE: Unamuno; Vida de Don Quijote y Sancho; locura; Don Quijote; San Ignacio.

The Follie of Íñigo de Loyola and Don Quixote in Vida de Don Quijote and Sancho

ABSTRACT: We carried out a commented reading of the work, by Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote and Sancho* to analyze the comparison of the follies that he presents between the main character of Don Quixote and the Life of Íñigo de Loyola narrated by his biographer Father Pedro de Rivadeneira. The author compares two follies as a reflection of the unusualness of the soul of a people, which led him to shape an empire, and also that of the Basque, which are basically the same, since these are embodied in the Spanish soul. We have also tried to reveal the author's own madness with his desire for immortality that manages to occupy a place in the life of fame together with the characters analyzed who had already achieved it previously and thanks to not being what is understood by judicious people who are those who fail to build anything in life.

KEY WORDS: Unamuno; Life of Don Quixote and Sancho; Madness; Don Quixote; San Ignacio.

1. ANÁLISIS DE LA OBRA

En este trabajo hemos tratado de realizar una lectura comentada de la obra de Miguel de Unamuno titulada: *Vida de Don Quijote y Sancho*. Al comenzar nos encontramos, después del prólogo, en lo referente al sepulcro de Don Quijote con lo que sigue: «Estoy avergonzado de haber alguna vez fingido entes de ficción, personajes novelescos, para poner en sus labios lo que no me atrevía a poner en los míos y hacerles decir como en broma lo que yo siento muy en serio»¹. Esto propicia poder interpretar esta obra del autor vasco, pues dice que pone en la boca de los personajes lo que él no se atreve a decir de forma abierta. Por ello debemos enten-

¹ UNAMUNO, M., (1976): *Vida de Don Quijote y Sancho*, decimosexta edición, Madrid, p.13.

der que muchas de las inquietudes de los personajes son elucubraciones del autor puestas en boca de ellos, pues suponemos que éstos le ayudan a llevar su existencia de forma más liviana al ser considerado como persona más juiciosa.

El problema religioso aparece aquí presentado con claridad y nos ayuda a penetrar en su pensamiento atormentado que, según él, le acecha todos los días de su existencia sobre la faz de la tierra, pues no hay obra suya en la que no vuelva una y otra vez sobre este tema convirtiéndolo en hilo conductor de su vida y obra. Más adelante va a hacer una comparación entre Don Quijote e Iñigo de Loyola y para ello va a utilizar a Juan Huarte:

...De este mismo temperamento era también aquel caballero de Cristo, Iñigo de Loyola, de quien tendremos mucho que decir aquí y de quien el P. Pedro de Rivadeneyra (*) en la vida que de él compuso, y en el capítulo V del libro V de ella, nos dice que era muy cálido de complexión y muy colérico, aunque venció luego la cólera, «quedándose con el vigor y el brío que ella suele dar, y que era menester para la ejecución de las cosas que trataba». Y es natural que Loyola fuese del mismo temperamento que Don Quijote, porque había de ser capitán de una milicia y su arte, arte militar. Y hasta en los más pequeños pormenores se anunciaba lo que había de ser; pues al descubrirnos la estatura y disposición de su cuerpo en el capítulo XVIII del libro IV nos dice el citado Padre, su historiador, que tenía la frente ancha y desarrugada y una calva de muy venerable aspecto. Lo que consueña con la cuarta señal que pone el doctor Huarte para conocer al que tenga arte militar, y es tener la cabeza calva, [...] De donde yo deduzco, aunque el puntualísimo historiador de Don Quijote no nos lo diga, que éste era también de frente ancha, espaciosa y desarrugada, y además calvo².

Es curioso cómo cualidades que el padre Pedro de Rivadeneira atribuye a Ignacio de Loyola para el arte militar apoyándose en Juan Huarte, y en rasgos físicos, las extrapola a Don Quijote. Pensamos que la intención de Miguel de Unamuno es la de acercar las dos figuras en rasgos, para poder después comparar sus comportamientos y sus locuras. No es la locura de un insensato la que aquí se describe, es la locura de un cuerdo que se vuelve loco por pura madurez espiritual. Parece que, según el autor, la locura es necesaria para vivir una vida digna de ser recordada por otros que nos sucedan. Una vida plena y llena de ilusiones y de esperanza, pues los cuerdos viven una vida mortecina en la que falta la fuerza de la vitalidad que ayuda a alcanzar la inmortalidad en esta vida plena de frustraciones.

En el capítulo II presenta la primera salida a hurtadillas de Don Quijote y hace alusión a la figura y conversión de Iñigo de Loyola en los siguientes términos:

¿No os recuerda esta salida la de aquel otro caballero, de la Milicia de Cristo, Iñigo de Loyola, que después de procurado en sus mocedades «de aventajarse sobre todos sus iguales y de alcanzar fama de hombre valeroso, y honra y gloria militar», y aun en los comienzos de su conversión, cuando se disponía a ir a vivir a Italia, siendo, «muy atormentado de la tentación de vanagloria», y habiendo sido, antes de convertirse, «muy curioso y amigo de leer libros profanos de caballerías», cuando después de herido en Pamplona leyó la vida de Cristo, y las de los Santos, comenzó a «trocársele el corazón y querer imitar y obrar lo que leía»? Y así,

² *Ibid.*, pp. 21-22. * le llamo P., es decir, Padre, por acomodarme al uso, o sea abuso, común en casos tales, y aunque sé que Cristo Jesús dijo: «No os llaméis Padre en la tierra, pues uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos» (mat. XXIII, 9.)

una mañana, sin hacer caso de los consejos de sus hermanos, «púsose en camino acompañado de dos criados» y emprendió su vida de aventuras en Cristo, poniendo en un principio» todo su cuidado y conato en hacer cosas grandes y muy dificultosas... y esto no por otra razón sino porque los Santos que había tomado por dechado y ejemplo habían echado por este camino. Así nos lo cuenta el P. Pedro de Rivadeneira en los capítulos I, III y X del libro I de su *Vida del bienaventurado padre Ignacio de Loyola*, obra que apareció en romance castellano en 1583, y era una de las que figuraba en la librería de Don Quijote, que la leyó, y una de las que en el escrutinio que de tal librería hicieron el cura y el barbero, fue indebidamente al fuego del corral, por no haber ellos reparado en ella, que a haberla descubierto habría la el cura respetado y puesto sobre su cabeza. Y de que no reparó en ella, es buena prueba el que Cervantes no la cita³.

Miguel de Unamuno pone de manifiesto que Don Quijote conocía la biografía de Íñigo de Loyola, pues esa biografía afirma que figuraba en la biblioteca de Don Quijote y cuando fue expurgada, fue al fuego y Cervantes no la cita. Pretende establecer una relación entre la locura de Ignacio de Loyola en su conversión y la de Don Quijote en la suya e iríamos más lejos y afirmaríamos que su propia locura. Esa locura que lo immortaliza y lo saca de la monotonía de la existencia en este mundo de moradores mediocres atados a su cordura e incapaces de construir nada digno de mención y de recuerdo para las generaciones venideras. Un poco más adelante el autor objeto de estudio relaciona las aventuras de los dos locos con la obediencia ciega, propia de la religión y por ende de la Compañía de Jesús:

Esto de la obediencia de Don Quijote a los designios de Dios es una de las cosas que más debemos observar y admirar en su vida. Su obediencia fue de la perfecta, de la que es ciega, pues jamás se le ocurrió pararse a pensar si era o no acomodada a él la aventura que se le presentase; se dejó llevar, como según Loyola debe dejarse llevar el perfecto obediente, como un báculo en mano de un viejo, ...⁴

Nos dice que la obediencia a Dios de Don Quijote es ciego igual que la que practica y propone Ignacio de Loyola en la Compañía de Jesús. En los dos casos afirma el profesor de griego de la Universidad de Salamanca que sus hazañas entroncan con la religión. En ambos la locura les propicia cometer excesos que en el caso del fundador de la orden religiosa le lleva a poner en peligro su salud y se ve la dificultad para aceptar el consejo de los cuerdos, pues saben que aquellos excesos les conducen a la enfermedad y a la muerte, y no a la vida plena que es lo que pretenden con tal comportamiento. Al final de capítulo III presenta el armase caballero de los dos personajes:

Y aquella vela de armas, ¿no os recuerda la del caballero ándate de Cristo, la de Íñigo de Loyola? También Íñigo la víspera de la Navidad de 1522, veló sus armas ante el altar de Nuestra Señora de Monserrat. Oigámoslo al P. Rivadeneira (lib. I, cap. IV): «Como hubiese leído en sus libros de caballerías que los caballeros noveles solían velar sus armas, por imitar él, como caballero novel de Cristo, con espiritual representación aquel hecho caballeresco y velar sus nuevas y al parecer pobres y flacas armas, más en hecho de verdad muy ricas y fuertes, que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido, toda aquella noche, parte en

³ *Ibid.*, p. 26.

⁴ *Ibid.*, p. 27.

pie, parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de Nuestra Señora, encomendándose de todo corazón a ella, llorando amargamente sus pecados y proponiendo la enmienda de la vida para en adelante»⁵.

El reflejo de las costumbres de la época es claro en los dos personajes objeto de la comparación y vemos que nos presenta a propósito de armarse caballero de Don Quijote la de Íñigo de Loyola cuando decide hacerse caballero de Cristo delante de Nuestra Señora de Monserrat. Después Miguel de Unamuno va a relacionar la aventura de los mercaderes murcianos con la disputa de Íñigo y el moro por el dogma la Inmaculada Concepción:

Esta aventura de los mercaderes trae a mi memoria aquella otra del caballero Íñigo de Loyola, que nos cuenta el P. Rivadeneira en el capítulo III del libro I de su Vida, cuando yendo Ignacio caminando de Monserrate «topó acaso con un moro [...] y «comenzaron a andar juntos, y a trabar plática y de una en otra vinieron a tratar de la virginidad y pureza de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora». Y tal se puso la cosa, que Íñigo, al separarse del moro, quedó «muy dudoso y perplejo en lo que había de hacer; porque no sabía si la fe que profesaba y la piedad cristiana le obligaba a darse prisa tras el moro, y alcanzarle y darle de puñaladas por el atrevimiento y osadía que había tenido de hablar tan desvergonzadamente en desacato de la bienaventurada siempre Virgen sin mancilla». Y al llegar a una encrucijada, se le dejó a la cabalgadura, según el camino que tomase, o para buscar al moro y matarlo a puñaladas o para no hacerle caso. Y Dios quiso iluminar a la cabalgadura, y «dejando el camino ancho y llano por do había ido el moro, se fue por el que era más a propósito para Ignacio». Y ved cómo se debe la Compañía de Jesús a la inspiración de una caballería⁶.

Aparece plasmado como en ambos casos las caballerías respectivas decidieron el futuro de sus dueños, pues de no ser por el buen juicio de las caballerías no conseguirían realizar sus sueños y sus respectivos dueños no serían personajes inmortales ni pasarían a morar en el mundo de la eternidad. También nos dice que las respectivas familias de Don Quijote y de Ignacio de Loyola tratan de persuadirlos de sus aventuras de caballeros andantes y afortunadamente en ninguno de los dos casos lo lograron, pues pensamos que hubieran truncado las vidas de personajes muy significativos para nuestro acervo cultural.

Más adelante encontramos un pasaje en el que se realiza una crítica a la Compañía de Jesús. No estamos seguros de lo acertada de la crítica que realiza a los jesuitas, pues nos parece que no es la intención de su fundador el que no se salven todos los que no entren en la Compañía, más bien es libre interpretación del rector de la Universidad Salamanca que suele practicarla con relativa frecuencia en la obra objeto de estudio y que deja bien claro siempre que tiene o crea la ocasión para ello. Pretende poco después, el autor del libro analizado, presentar a Don Quijote como un hombre real, pues dice: «...Era nuestro caballero un loco razonable y no ente de ficción, como creían los mundanos, sino de los hombres que han comido y bebido y dormido y muerto»⁷. Podíamos decir parafraseándolo que era Don Quijote un hombre de carne y hueso, que nace crece se desarrolla y muere como todo ser viviente

⁵ *Ibid.*, p. 32.

⁶ *Ibid.*, p. 37.

⁷ *Ibid.*, p. 42.

en el mundo en el que nos toca vivir y nos propicia cobijo. Hace mención, más adelante, a que los caballeros andantes son hombre como nosotros en los siguientes términos: «... y nos reveló, una gran verdad cimentar y de grandísimo consuelo para los que no saben como vivir su locura y es la de que los caballeros andantes “eran hombres como nosotros” ...»⁸ Nos parece ver aquí un intento de equiparar su locura a la de Don Quijote y a la de Íñigo de Loyola. No pierde el autor ocasión para sacar a colación siempre que la situación le parece propicia las comparaciones entra Don Quijote e Íñigo como ocurre en lo que sigue:

¡Y cómo embaraza la mujer! Íñigo de Loyola no quiso que su Compañía tuviese nunca cargo de mujeres debajo de su obediencia (Rivadeneira, lib. III, XIV), y cuando doña Isabel de Rossell pretendió formar comunidad de mujeres bajo la obediencia de la Compañía, logró Loyola que el papa Paulo III, en letras apostólicas de 20 de mayo de 1547, la eximiera de tal carga, pues «a esta mínima Compañía —decíale Íñigo— no conviene tener cargo especial de dueñas con votos de obediencia». Y no es que despreciase a la mujer, pues la honró en lo que es tenido por más bajo y vil de ellas, porque si Don Quijote se hizo armar caballero ciñéndole espada y calzándole espuela dos mozas del partido, Íñigo de Loyola acompañaba él mismo en persona, por medio de la ciudad de Roma, a las «mujercillas públicas perdidas» para ir a colocarlas «en el monasterio de Santa María o en casa de alguna señora honesta y horada, donde fuesen instruidas en toda virtud». (Rivadeneira, libro III, cap. IX)⁹.

Aprovecha que los dos héroes trataron con mujeres públicas para profundizar en la particular comparación que va realizando, quizás la situación es forzada, pues mientras uno no sabe a que se dedican esas mujeres por su locura, el otro busca sacarlas de ese tipo de vida ofreciéndoles otra distinta y más acorde con su propia concepción de la vida y más próxima a su ideal de la persona de acuerdo con su fe en un intento de ayudar a instaurar la concordia entre los hijos de Dios en este mundo. Poco después presenta una comparación entre Don Quijote e Íñigo de Loyola en lo referente a sus inquietudes vitales:

Esta penitencia de Don Quijote en Sierra Morena nos trae a la memoria aquella otra de Íñigo de Loyola en la cueva de Manresa, y sobre todo cuando en el mismo Manresa y en el monasterio de Santo Domingo «vínole al pensamiento —como nos dice el p. Rivadeneira, libro I, capítulo IV— un ejemplo de un santo que para alcanzar de Dios una cosa que le pedía, determinó de no desayunarse hasta alcanzarla. A cuya imitación —añade— propuso él de no comer ni beber hasta hallar la paz tan deseada del alma, si ya no se viese por ello en peligro de morir».

Al terminar un piadoso autor la vida de San Simón Estilita añade: «Esta vida es más para admirada que para imitada», y Teresa de Jesús, en el párrafo tercero del capítulo XIII de su Vida, nos dice que el demonio «nos dice o hace entender que las cosas de los Santos son para admiradas, más no para hacerlas los que somos pecadores», y eso dice ella también, más que «hemos de mirar cuál es de espantar y cuál de imitar» ...¹⁰.

Se establece relación entre la penitencia de Don Quijote en Sierra Morena y la de Ignacio de Loyola en la cueva de Manresa a imitación de San Simón Estilita.

⁸ *Ibid.*, p. 50.

⁹ *Ibid.*, p. 57.

¹⁰ *Ibid.*, p. 83.

También cita a Teresa de Jesús para fundamentar que las vidas de los santos son más para admirar que para imitar y que esto mismo se puede aplicar a las hazañas de los locos objeto de análisis. Además, saca a colación las malas artes de las tentaciones que sufre por parte de satanás Iñigo de Loyola y a su vez las utiliza para presentar más puntos de comparación entre las dos figuras. Muestra que los caminos del demonio para tentarlos son contrapuestos, y muy variados en tetras y argucias siempre tratando de salirse con la suya y apartarles del recto camino de la salvación. El autor de la obra presenta ahora una crítica a los jesuitas como sigue:

...Y por Él, por el Cristo, para establecer su reinado, el reinado social de Jesús —que es todo lo contrario de lo que llaman los jesuitas el reinado social de Jesucristo—, el reinado de la sinceridad y de la verdad y del amor y de la paz verdaderos; para establecer en reino de Jesús tiene que haber guerra¹¹.

Preconiza que la implantación del cristianismo tiene que llagar por la guerra y nada de esa paz de mentira que pregonan los hijos de Iñigo de Loyola y que no refleja la realidad de la vida en su transcurrir del día a día. Para Miguel de Unamuno son los mismos móviles los que llevan a unos a santos y otros a caballeros y héroes como vemos por la mención que hace a la vida de Don Quijote, de Santa Teresa y de San Ignacio. Mas adelante compara el comportamiento de Don Quijote con un tipo de obediencia ignaciana y con la fe que llevó a Abraham a tratar de sacrificar a su hijo Isaac siguiendo las indicaciones de su fe en el Dios de su pueblo. Presenta las visiones de Ignacio de Loyola y las de Don Quijote a un mismo nivel y establece cierto parangón entre ellas poniendo de manifiesto que las de Ignacio fueron publicadas por su biógrafo veintidós años antes por lo que puede dar pie a que el autor del *Quijote* las conociese. Además, aduce que, igual que podemos dar crédito a unas visiones, las del santo, también podemos dar a las otras, pues quien lo afirma es un caballero andante que no miente, aunque nos parece que su visión de la realidad brilla por su ausencia y, quizás, por la influencia de la locura transforma la realidad al gusto de su interprete y de las circunstancias. Por otro lado, va a poner de manifiesto la bondad de Don Quijote sin esperar nada a cambio como ocurre con Iñigo de Loyola que pretendía en esta ocasión predicar con el ejemplo para sus seguidores y de esta forma profundizar en el camino de la salvación por medio del servicio en trabajos bajos y humildes, parece poder afirmar que la humildad es el camino que lleva a la perfección para Iñigo de Loyola y los suyos. Más adelante encontramos una nueva comparación entre Don Quijote e Ignacio de Loyola a propósito de encuentros con hombres versados en religión que tienen los dos caballeros:

... esta reprimenda del grave eclesiástico a Don Quijote no deja de tener parentesco con la reprimenda que el vicario del convento de dominicos de San Esteban, de Salamanca, [...], enderezó a Iñigo de Loyola según nos cuenta su historiador en el capítulo XV del libro I de su Vida. Cuando le invitaron a que fuese a aquella casa, pues los frailes tenían gran deseo de oírle y de hablarle, y fue, y después de haber comido lo llevaron a una capilla y preguntó el vicario a Ignacio en que estudios se había criado y que género de letras había profesado, y dijo luego: «Vosotros sois un simple idiota, y hombres sin letras, como vos mismo confesáis; pues ¿cómo

¹¹ *Ibid.*, p. 105.

podéis hablar seguramente de las virtudes y de los vicios?» Y luego encerraron a Ignacio y a sus compañeros, y de allí los llevaron a la cárcel...¹².

Aquí hace referencia a cuando un canónigo en la casa del duque llama a Don Quijote: «don tonto». Y al trato que sufrió Ignacio de Loyola en el convento de los dominicos de Salamanca por dedicarse a menesteres religiosos sin una formación previa que pudiese acreditar su pericia a ojos de los demás y que pusiese de manifiesto su conocimiento de las sagradas escrituras y su correcta interpretación. Más adelante a propósito del canto de Don Quijote lo usa el autor para mencionar la falta de coro en la Compañía de Jesús fundada por Íñigo de Loyola. Aquí establece una nueva comparación entre los dos personajes:

No, apruebo, pues, las razones que el P. Rivadeneira, en el capítulo XXII del libro III de su *Vida de San Ignacio* nos da para justificar el que la Compañía de Jesús no tenga coro. Dícenos que «no es de esencia de Religión el tener coro», y, en efecto, puede haber ruiseñor mudo, pero será ruiseñor enfermo, y añade, con Santo Tomás, que los que tienen por oficio enseñar al pueblo y apartarle con el pan de la doctrina «no deben ocuparse en cantar, porque, ocupados con el canto, no dejan lo que tanto importa». Pero ¿es que hay doctrina más íntima ni más profunda que la que se da cantando? En los consejos mismos que se dan al hombre, no es la letra, sino la música de ellos, lo que aprovecha y edifica. Música es el espíritu, y la carne es letra, y toda doctrina del corazón es canto.

Curioso es, en efecto, que siendo tales y tan grandes las semejanzas entre Don Quijote e Íñigo de Loyola, y recreándose éste y entreteniéndose el ánimo y hallando a Dios con el canto, al que era muy inclinado, según en el capítulo V de su vida nos cuenta su biógrafo, no pusiera el coro en la Compañía y de ésta no tenerlo hemos de deducir las imperfecciones que la acompañan y la esterilidad poética que sobre ella pesa. Jamás pudo albergar cigarra en ese hormiguero de clérigos regulares...¹³.

No está de acuerdo con las razones que se dan para que la Compañía de Jesús carezca de coro, pues, dice que la música es espíritu y la letra carne y que la doctrina del corazón es canto. Lo ve como un defecto de la Compañía, pues no puede albergar a cigarras solo a hormigas; curiosa comparación que refleja, según él, la realidad de la Orden fundada por el santo de Azpeitia. Avanzando en la lectura vemos reflejado un punto en común de los dos personajes que se utiliza como contrapunto, pues los dos leyeron libros de caballerías, muy frecuente en la época en cierta clase social, aunque uno los abandono por otro tipo de libros las vidas de santos que le llevaron por otro camino y al otro este tipo de libros lo llevaron a realizar su sueño imbuido de su espíritu; quizás la fuerza que mueva a ambos personajes sea la misma, pero aplicada a diferentes escenarios, pues mientras en uno pretende la vida de la fama, en el otro prende el afán de conseguir la vida eterna y los dos consiguen la inmortalidad por caminos diferentes entrecruzados en diversos aspectos y aventuras.

Pensamos que con el viaje de Don Quijote a Barcelona la obra de Unamuno relega a un segundo plano a Íñigo de Loyola al que deja de cita y aprovecha para poner de manifiesto las burlas de las que es objeto el caballero en la ciudad de Barcelona

¹² *Ibid.*, p. 150.

¹³ *Ibid.*, pp. 163-164.

y el cambio que se da en la interpretación de Miguel de Unamuno en lo referente a la figura de Don Quijote pasando de aquel famoso: «¡Muera Don Quijote!» pronunciado años antes de la publicación de esta obra y aplaudido por muchos de los intelectuales de la España fine secular. Ahora vemos de alguna forma plasmada la locura de Miguel de Unamuno:

¡Viva Don Quijote!, [...] ¡Regálanos tu locura y deja que en tu regazo me desahogue. Si supieras lo que sufro, Don Quijote mío, entre estos tus paisanos, cuyo repuesto todo de locura heroica te llevaste tú, ¡dejándoles sólo la petulante presunción que te pedía! [...] ¡Si superas con qué asnal gravedad ríen las gracias de la que creen locura y toman gusto a lo que estiman desvaríos! ¡Oh, Don Quijote mío, qué soberbia, que estúpida soberbia silenciosa de estos brutos que llaman paradoja a lo que no estaba etiquetado en su mollera, ¡y afán de originalidad a todo revuelo de espíritu! Para ellos no hay quemantes lágrimas vertidas en el silencio, en el silencio del misterio, porque estos bárbaros se lo creen tener todo resuelto; para ellos no hay inquietud del alma, pues se creen nacidos en posesión de la verdad absoluta; para ellos no hay sino dogma y fórmulas y recetas. Todos ellos tienen alma de bachilleres. Y aunque odian a Barcelona, van a Barcelona y allí te vencen¹⁴.

Aquí además del cambio en la interpretación sobre Don Quijote vemos una crítica a aquellos que no entienden la locura y todo lo juzgan por el sentido común de las cosas; en la obra lo representan el bachiller Sansón Carrasco, el cura, el barbero, la sobrina, los duques, y todo aquel que no entiende la locura del personaje de la obra de Cervantes. También constatamos una crítica a todos aquellos intelectuales de su tiempo que critican a Don Quijote y solo ven en él a un loco, ya sean estos intelectuales de la Generación del 98, a la que pertenece el autor, o la Generación del 14, cuyo caso más representativo va a ser José Ortega y Gasset y su conocida obra titulada: *Meditaciones del Quijote*. Además, aparece plasmada de forma clara la locura del profesor de griego con lo que en la obra se ponen de manifiesto la locura de Don Quijote, la de Íñigo de Loyola y la de Miguel de Unamuno. Comprobamos que más adelante en la obra nos muestra el hilo conductor de las tres locuras que es, el mismo, el ansia de inmortalidad y que se logra con las obras que son recordadas por el resto de los mortales a través de los siglos. Nos cuesta entender la crítica que después realiza a la obra de Ignacio dada la comparación de la locura de Don Quijote y la del fundador de la Compañía de Jesús, si bien es verdad que una cosa es el fundador y otra su obra y la forma de ejecutarla por quienes le precedieron en las responsabilidades cotidianas. Cita un libro, aparecido en Barcelona en el año 1896, titulado: *Los jesuitas de puertas adentro o un barrido hacia a fuera de la Compañía de Jesús*. El autor es Miquel Mir i Noguera. Nos parece que realiza la mencionada cita para poner de manifiesto la poca simpatía que despertaba *el Quijote* en algunos discípulos posteriores del fundador de la Compañía de Jesús.

Las dos locuras que analiza y compara, la de Don Quijote y la de Íñigo de Loyola, se llega a ellas por medio de la lectura de libros, el primero de los citados pierde el juicio y se hace caballero andante a imitación de los personajes de los libros leídos, el segundo hace lo mismo, pero como los libros leídos eran sobre religión lo convierten en caballero andante de lo divino. Curiosa interpretación de las lecturas y de su influencia en la vida de estos dos personajes que fueron troqueladas por los

¹⁴ *Ibid.*, p. 198.

contenidos de esas lecturas, diríamos que cobraron vida sus respectivas lecturas en sus locuras. Casi al final de la obra nos encontramos con que el mayor milagro de San Juan Bautista según el biógrafo de Íñigo de Loyola fue la fundación de la Compañía de Jesús y el de Don Quijote el que escribiese su vida un hombre como Cervantes. Aquí vemos reflejado el afán de Miguel de Unamuno por la inmortalidad y con ello el acercamiento a la locura de las dos figuras contrapuestas.

Si consultamos la obra titulada: *Del sentimiento trágico de la vida*, nos encontramos:

Más donde acaso hemos de ir a buscar al héroe de nuestro pensamiento, no es a ningún filósofo que viviera en carne y hueso, sino en el ente de ficción y de acción, más real que los filósofos todos; es Don Quijote. Porque hay un quijotismo filosófico, sin duda, pero también una filosofía quijotesca. ¿Es acaso otra, en el fondo, la de los conquistadores, la de los contrarreformadores, la de Loyola, y, sobre todo, ya en el orden del pensamiento abstracto, pero sentido, la de nuestros místicos? ...¹⁵

Aquí Miguel de Unamuno recalca que el héroe de nuestro pensamiento lo tenemos que buscar en el ente de ficción y de acción en Don Quijote que es el fondo de los conquistadores, de los contrarreformadores, la de Loyola y sobre todo la de los místicos. Parece que el espíritu de Don Quijote se encuentra en nuestros antepasados dignos de mención, pues contribuyeron a crear una concepción de la vida y de la muerte desde lo nuestro que nos hizo florecer y ocupar un lugar en la historia de la humanidad. También pone de relieve que la desesperación es dueña de lo imposible y lleva a héroes con Pizarro o Íñigo de Loyola a realizar obras grandes y dignas de vivir en nuestros recuerdos.

En el libro de Miguel de Unamuno, titulado: *El caballero de la triste figura* y en pasaje que da título al libro encontramos: «...Del alma castellana brotó Don Quijote. Vivo como ella»¹⁶. Vemos como hace entroncar al ente de ficción con el alma del pueblo al que pertenece. Refleja como el alma de grandes héroes castellanos y la de Don Quijote es la misma y por extensión la podemos nosotros ampliar a los místicos, a Ignacio de Loyola y a todos aquellos que nos hicieron grandes en el transcurrir de nuestra historia.

2. LO QUE OTROS DIJERON

Comenzaremos por la obra, de Plutarco, titulada: *Vidas paralelas*, pues nos parece que existe cierta influencia de este autor clásico, considerando las distancias, pues Miguel de Unamuno, en la obra titulada: *Vida de Quijote y Sancho*, entre otras muchas cosas contrapone la locura de del protagonista de la novela Don Quijote a la del santo de Contrarreforma. Si volvemos a la obra de autor griego encontramos en la contraportada del tomo II lo que sigue: «Las vidas paralelas [...] y eso lo que parangona la de los hombres más ilustres de la antigüedad clásica...»¹⁷. Debemos

¹⁵ UNAMUNO, M., (1976): *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 260, Espasa-Calpe, Madrid.

¹⁶ UNAMUNO, M., (1980): *El caballero de la triste figura*, Espasa-Calpe, Madrid.

¹⁷ PLUTARCO, (1979): *Vidas paralelas*, Contraportada del tomo II, Imprenta Juvenil, Barcelona.

ser cautos con esta comparación, pues el profesor de griego de la Universidad de Salamanca compara a un ente de ficción con un hombre de carne y hueso, aunque estos comparados a través de los personajes de sendas obras literarias.

Ángel Valbuena Prat, en su *Historia de la literatura española*, dice:

La Vida de Don Quijote y Sancho interpreta la aventura de Don Quijote el comentador como hombre de fama, o de inmortalidad [...] con la vida de San Ignacio, el otro vasco, para nosotros mucho más hombre de inteligencia y voluntad claras y precisas que el alucinado al modo quijotesco. ¿Pero no es que Unamuno, el vasco y el castellano a la vez, hay algo de los dos valores antagónicos de raza; acaso no sea su propia personalidad una brusca síntesis de algo de Don Quijote y Loyola a la vez?¹⁸

Pensamos que es una observación aguda que, a nuestro juicio, puede reflejar parte de la realidad por lo que sabemos de la vida y obra Miguel de Unamuno y quizás, sobrase el tono interrogativo de la afirmación, pero la duda en este caso pensamos que ayuda. Preguntarse si el escritor vasco es una mezcla de Don Quijote y Íñigo de Loyola, nos parece posible que se fundan ambas locuras en su caminar sin tregua hacia la inmortalidad y la búsqueda de la salvación para un país que agoniza por dejarse llevar por aquellos a los que califica de personajes juiciosos que aparecen en la novela. Tenemos la impresión de que las dos locuras prenden en el autor del libro, y en mayor medida la de Don Quijote, las asume como modelo de vida, pues propician zozobra interior y esperanza de inmortalidad que conecta a las tres locuras: la del personaje de la novela, la del soldado de Cristo y la del autor del libro.

Alain Guy nos ofrece una cita que puede interpretarse en la línea de comparar las locuras de ambos personajes: «¿Qué buscamos unos y otros, héroes y santos, sino sobrevivir? Los unos, en la memoria de los hombres, en el sueño de Dios los otros» (Vida de Don Quijote, II, cap. 138; O. c, IV, p. 230) Todos los hombres se sienten atormentados por la necesidad de afirmarse, cueste lo que cueste...»¹⁹. Aquí nos parece encontrar una mención a las dos locuras contrapuestas y a la propia como elemento de conseguir la tan ansiada inmortalidad que Miguel de Unamuno con tanto ahínco busca y logra conseguir con sus obras.

Cuando Julián Marías, en su obra *Filosofía española actual, Unamuno, Ortega, Morente y Zubiri*, presenta las influencias de Spinoza en Unamuno, nos dice: «...Para Unamuno, que recoge estas ideas, su pretensión es justamente ésta: preservar en su ser indefinidamente, no morirse nunca del todo, eternizarse»²⁰. Vemos cómo el asunto de la inmortalidad que lograron ya las dos figuras contrapuestas en sus locuras es buscada con ahínco y diríamos con cierta desesperación por parte del profesor de griego del Universidad de Salamanca que no pierde ocasión para dejar constancia, diríamos, de su obsesión.

¹⁸ VALBUENA PRAT, A., (1974): *Historia de la literatura española*, tomo, IV, pp. 473-474. Gustavo Gili, Barcelona.

¹⁹ GUY, A., (1985): *Historia de la filosofía española*, p. 278, Anthropos, Barcelona.

²⁰ MARIAS, J., (1956): *Filosofía española actual, Unamuno, Ortega, Morente y Zubiri*, p. 40, Espasa-Calpe, Madrid. A este respecto añade Marías: «En mi libro *Miguel de Unamuno* (Espasa-Calpe, 1943) he estudiado en detalle el problema filosófico que Unamuno plantea y la forma que toma en él, movido por esa pretensión, la exigencia de conocimiento. Aquí sólo me interesa considerar esa misma actitud como raíz de la transformación que impone a los géneros literarios que cultiva».

Pensamos que es muy interesante recurrir a las *Obras Completas* de San Ignacio de Loyola, y concretamente a la introducción de Ignacio Iparraguirre y Cándido Dalmases, pues nos aportan estos autores información muy valiosa para clarificar en tema en el apartado titulado: Deformación de la figura de San Ignacio, pero que hable el texto:

«Es verdad, como ha escrito el P. KOCK, “que la imagen de San Ignacio se ha falseado a través de la historia lo mismo por la antehistórica exaltación gloriosa de los amigos que por la falsa crítica de los adversarios y enemigos”⁸⁸. [...] Las grandes falsificaciones son modernas [...] Comenzaremos por uno de los autores que más han deformado el verdadero perfil espiritual de San Ignacio, el brillante orador y publicista EMILIO CASTELAR, quien contempla a nuestro santo a través del prisma de su color político y del influjo que ejercía en el mundo ideológico⁸⁹»²¹.

Pensamos que lo mostrado en la cita ayuda a situar en el contexto el tema que tratamos y esa es la razón por la que recurrimos a ella y seguimos mostrando otras citas que pueden ayudarnos en nuestra empresa:

«Otra de las célebres falsificaciones proviene del campo libre alemán, del publicista rumano, de origen germánico, RENÉ FÜLÖP-MILLER.

Vio también como Castelar, la potencia de la personalidad de San Ignacio y la fuerza desplegada sobre todo en la lucha antiprotestante por “el poderoso organismo de mundial” que para él es la Compañía de Jesús, se puso a indagar la fuente de esta fuerza que le avasallaba de modo exagerado. No se cansa de exaltar el poder de los jesuitas, quienes —según él— han influido de tal modo en el mundo católico, que “todo el desenvolvimiento de nuestra cultura europea, en religión como en filosofía, en educación como en arte, lleva la marca de ellos, ya por la influencia directa, ya indirectamente por el reto que lanzan a la enérgica oposición”.

Fülöp-Miller, como antes Böhmer, busca la fuente de la grandeza en lo meramente humano. Pinta con esos datos puramente humanos a San Ignacio, maestro de la política, dueño en el campo internacional, verdadero Maquiavelo del apostolado, que dirige con estudiado refinamiento los tentáculos de la sociedad. [...] Ha secularizado a la Iglesia, ha introducido en ella el sistema político, mundano...»²²

Vemos que el último autor citado se fija más en la obra de Íñigo de Loyola la Compañía de Jesús y su influencia en el campo religioso y que la acusación que hace a Ignacio de Loyola es fuerte, pues lo considera nada menos que el Maquiavelo que secularizó a la Iglesia. Veamos ahora que ocurrió en el campo de la literatura:

«... MIGUEL DE UNAMUNO, Había proyectado escribir “una vida de San Ignacio, en quien me parece ver el alma del pueblo vascongado”. No llegó Unamuno a escribir su soñado libro, pero vertió en la *Vida de Don Quijote y Sancho* la esencia de San Ignacio que llevaba tan dentro de sí. Él se sentía íntimamente unido con él, sentía una estrecha “hermandad” con su compaisano. De hecho en la mencionada *Vida de Don Quijote y Sancho* va enhebrando las aventuras del famoso hidalgo

²¹ IPARRAGUIRRE, I. y DALMASES, C., (1982): Introducción general, pp. 31-32, en *Obras completas de San Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid. Véase la referencia de la nota 88 *Jesuiten Lexikon, Die Gesellschaft Iesu, erst und jetzt* (Paderborn 1934) p. 850 y también para la nota 89 véase. Habla Castelar sobre San Ignacio en el tomo 4 de *La revolución religiosa* 1.10-11 (Barcelona 1883). Véase *San Ignacio de Loyola según Castelar. Generalidades* por J. M. y Saj (JULIO ALARCÓN, S. I.) (1892).

²² *Ibíd.*, pp. 33-34. Véase en la nota 97 RENÉ FÜLÖP-MILLER, *Macht und Geheimnis der Jeuiten*, p. 30.

con las afinidades ignacianas que brotan instintivamente de la yuxtaposición de los dos típicos personajes. Porque, para Unamuno, San Ignacio es el Quijote de la iglesia, el hidalgo que se deja enloquecer por la mayor gloria de Dios. Unamuno vibra no con el objeto de la pasión de San Ignacia, sino con la fuerza volcánica del apasionamiento. Hay en su paralelismo atisbos geniales, concepciones sugestivas; pero la interpretación total es una interpretación como las de Unamuno: fulguraciones sentimentales, nacidas del calor de una idea sentida con avasalladora vivencia. La <<hermandad>> de Unamuno, tan enraizada en él, se daba con ese su San Ignacio, no con el San Ignacio auténtico e histórico.

Como se expresa el P. González Caminero: "A buen seguro que no hemos perdido nada con que Unamuno dejara irrealizable una biografía sobre San Ignacio. A pate de las abiertas falsedades y tergiversaciones que infaliblemente la hubieran manchado, sería toda una mera interpretación novelística, inconsistente e inútil"»²³.

Aquí aparece mencionado el hecho de que Miguel de Unamuno veía en San Ignacio reflejada el alma del pueblo vasco y no se debe olvidar que el profesor de griego de la Universidad de Salamanca era vasco y por eso veía plasmada su propia alma. Esto nos parece un motivo de acercamiento entre ambos. También pensamos que es interesante el hecho de que se plasme que Unamuno veía en San Ignacio el Quijote de la Iglesia. A nosotros esa apreciación se nos pasó desapercibida. Nos parece cierto que la visión que muestra de Íñigo de Loyola esta subjetivada por la personalidad apasionada y contradictoria de Miguel de Unamuno, pero no podría ser de otra forma, pues él realiza la lectura de la vida de Ignacio de Loyola igual que hace con el *Quijote* y le da su interpretación particular y propia. No estamos de acuerdo como dice Nemesio González Caminero que ha sido mejor que el profesor de griego de Universidad de Salamanca no escribiese la vida de Íñigo de Loyola, pues nos hubiese gustado ver que lectura e interpretación completa daba del santo de la contrarreforma. Si consultamos el libro titulado: *Algunos caracteres de la cultura española*, de Karl Vossler, nos encontramos con lo siguiente:

...Unamuno, que en un estilo paradójico pretende fundir en un mismo aliento a San Ignacio y a Don Quijote, al creyente y al soñador, al escéptico y al héroe, al hombre resuelto y al hombre desesperado, y que quiere orientar a la juventud española dándole el gusto de la aventura y el sentido de la autocrítica²⁴.

Se ve que pone de manifiesto la intención de Miguel de Unamuno al comparar al héroe de ficción del Quijote con el la biografía del fundador de la Compañía de Jesús, si bien es verdad que la comparación se ciñe a la búsqueda de lo común que produce en los dos personajes locura, la imitación de lo leído en los libros de caballería y lo leído en las vidas de santos, buscando siempre aquello que aparta de lo común, de lo corriente y juicioso de la vida cotidiana, pues eso común no produce vida eterna y solo produce mediocridad por doquier. Por otro lado, entiende el autor que el objetivo de Unamuno es orientar a la juventud española por medio de

²³ *Ibíd.*, pp. 36-37. Véase la nota 107 ADOLFO ALIAS, *Epistolario a Clarín* (Madrid, 1941), p. 64. Véase también la nota 108 citado por N. GONZÁLEZ CAMINERO, *Unamuno. Tomo I: Trayectoria de su ideología y su crisis religiosa* (Comillas, 1948) p. 369. Véase la nota 108 GONZÁLEZ CAMINERO, *Unamuno* p. 132.

²⁴ VOSSLER, K., (1962): *Algunos caracteres de la cultura española*, p. 150, Espasa-Calpe, Madrid.

la aventura y la autocrítica. Nos parece que puede reflejar parte de lo pretendido por el profesor de griego de la Universidad de Salamanca en lo referente a que la juventud debe buscar la orientación en lo propio representado en este caso por dos personajes de libros, aunque uno sea ficticio y el otro novelada su vida. No queremos dejar pasar la ocasión para citar lo que dicen Jorge Latorre Izquierdo y Ruth Gutiérrez Delgado sobre la religiosidad en la obra de Unamuno analizada, pero veamos el texto:

Aparece aquí el interesante tema que hace, por ejemplo, Unamuno entre el personaje de Don Quijote y los santos de la contra reforma, Ignacio de Loyola en concreto. También Dostoievski juega a asimilar los personajes de Don Quijote y Cristo en su famosa novela *el Idiota*, como escribe en carta dedicada a su sobrina Sofía Ivanova²⁵.

Nos parece esta observación atinada y muy importante a pesar de lo poco citada que hemos encontrado esta relación que es real y que no logramos comprender como no se puso de manifiesto de forma más clara en los trabajos que se publicaron, pues en la mayoría se omite, quizás por falta de trabajo y limitarse a citar lo ya hecho por otros. Si consultamos el artículo, de Philip Davison, titulado: «Don Quijote de Loyola: sus asociaciones por los lectores a lo largo del tiempo», nos encontramos en lo referente a Miguel de Unamuno:

La idea romántica de que Cervantes acabó con la caballería en España, y que don Quijote era un auténtico héroe para emular si los españoles querían restaurar la pasada gloria de su país, no calará hasta más tarde en la Península Ibérica, quizás la más enérgica expresión de ella fue la del intelectual vasco y escritor de la Generación del 98, Miguel de Unamuno. Su libro, *Vida de Don Quijote y Sancho* publicado en 1905, es una dilatada disquisición sobre el potencial para renovar la vida espiritual de España que supone la imitación del loco idealismo de don Quijote. Incluye, además una meditada asociación de personajes como San Ignacio de Loyola.

[...] mezcla ficción e historia libremente, partiendo de la noción de que hay que buscar el verdadero sentido del *Quijote* tanto fuera como dentro del texto, y que la novela encarna la fe y es espíritu esencial de la nación española. Tiene, por tanto, antecedentes en la vida y obra de grandes figuras reales como San Ignacio de Loyola o Santa Teresa de Ávila, cuya biografía y autobiografía se citan en paralelo con la historia del *Quijote*. Desde el principio, la figura de Loyola ocupa un lugar importante en la lectura de Unamuno [...] Unamuno se sirve de los ejemplos de Loyola y don Quijote, y los paralelismos que percibe entre los dos, para avanzar su proyecto de renovación espiritual de España. La interpretación romántica de la novela es el medio que posibilita este fin...²⁶

Vemos que este autor sitúa la comparación de las locuras de Íñigo de Loyola y Don Quijote en el contexto del Romanticismo que pensaba que Cervantes acabó con las novelas de caballería en España. Además de asociarla a la renovación espiritual que Unamuno plasma en Don Quijote y a una serie de personajes históricos ya

²⁵ LATORRE IZQUIERD, J. y GUTIÉRREZ DEGADO, R., (2013): «Europa y las meditaciones del Quijote de José Ortega y Gasset» en *Actas del III Congreso de Hispanistas de Ucrania Sebastopol 2012*, Kiev, Embajada de España en Ucrania. pp. 132-157... p. 147.

²⁶ DAVIDSON, P., (2012): «Don Quijote de Loyola: sus asociaciones por lectores a lo largo del tiempo», *Cuadernos de Aleph*, 4, pp. 63-64 y 65.

sean estos religiosos o héroes del pasado. Resulta claro comprobar que Unamuno mezcla ficción y realidad en la búsqueda de lo esencial de la nación española. El profesor de griego de la Universidad de Salamanca dice que aviva una recreación pintoresca entre San Ignacio y Don Quijote. Si consultamos el artículo de Javier Blasco, titulado: *La Vida de don Quijote de la Mancha* o lo que habría ocurrido «si don Quijote hubiese en tiempo de Miguel de Unamuno vuelto al mundo»:

La *Vida de don Quijote y Sancho* trasforma, sustancialmente, el texto cervantino. Y no se trata sólo de que, frente a la interpretación o interpretaciones que pueden derivarse del texto cervantino, el rector de Salamanca imponga la suya propia. Va más allá. Lo que hace, o lo que al menos pretende hacer, es liberar a don Quijote de la cárcel de la ficción, para hacerlo caminar de nuevo por las sendas de la realidad. A este propósito responde la continuada e interesante irrupción, en el texto unamuniano, de la vida de Ignacio de Loyola a la que Unamuno otorga un valor espectacular respecto a don Quijote. El texto de la *Vida del bienaventurado Padre Ignacio de Loyola* en la que Rivadeneira hace el retrato del fundador de los jesuitas, invade, en muchos de sus capítulos, la *Vida de Don Quijote y Sancho*, propiciando el salto de la ficción a la historia y reorientado la lectura de la *Historia del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*²⁷.

Este autor dice que la comparación que hace Miguel de Unamuno de la locura de Don Quijote y la de Ignacio de Loyola saca a Don Quijote del terreno de la ficción, le otorga un valor espectacular y reorienta la lectura del *Quijote*. Pensamos que en lo de sacar a Don Quijote de la ficción más bien es un intento, que la reorientación en la lectura del *Quijote* es una apreciación subjetiva digna de mención al igual que darle un valor espectacular que no vemos matizada y no sabemos a que se refiere.

Si consultamos el artículo, de Alfredo López-Pasarín Besabe, titulado: En torno a la *Vida de Don Quijote y Sancho*, de Unamuno: Cuestiones de Hermenéutica, encontramos:

Aquí me parece que representa un papel fundamental el paralelo constante que Unamuno lleva a cabo entre las aventuras y actitudes de Don Quijote y las de San Ignacio de Loyola, según la biografía de éste escrita por el padre Rivadeneira. A Julián Marías (1997: 311) le parece la insistencia en este paralelo «poco justificada» y «forzada». Yo opino que de «forzada», en la inmensa mayoría de las ocasiones, tiene poco y que a Unamuno se le debe conceder el mérito de encontrar semejanzas sorprendentes. Pero dejando a parte eso, en ningún caso pienso que puede calificarse como poco justificado. Lo fundamental es el hecho de que Unamuno no establece el parangón entre Don Quijote, personaje de una famosa novela, e Ignacio de Loyola, según los datos que conocemos de su vida, sino entre el primero y el santo tal como nos lo presenta, Rivadeneira. Lo oportuno de la comparación salta a la vista²⁸.

Promete la comparación que hace este autor, pues habla de la contraposición de personajes de dos «biografías» de una época muy similar en el tiempo de un mismo país y de una misma plasmación cultural, pero siendo verdad lo que dice pensamos

²⁷ BLASCO, J., (2004): *La Vida de don Quijote de la Mancha* o lo que habría ocurrido "si don Quijote hubiese en tiempo de Miguel de Unamuno vuelto al mundo", *Letras Hispanas*, vol1, p. 58.

²⁸ López-Pasarín Besabe, A., (2009); «En torno a la Vida de Don Quijote y Sancho, de Unamuno: Cuestiones de Hermenéutica», en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 49, 2, p. 55.

que la distancia entre la biografía, aunque sea hagiografía y la biografía de un ente de ficción es casi insalvable. Por otro lado, coincidimos en atribuir a Miguel de Unamuno las semejanzas entre ambas vidas y en que parece que aun hoy ambos personajes actúan entre nosotros, pero la distancia, a nuestro juicio, entre ambos es muy grande salvo en esa locura que los inmortalizó e inmortalizó también al profesor de griego de la Universidad de Salamanca. Por otro lado, Diego Sánchez Meca, en su artículo titulado: «El Quijotismo de Unamuno, el Cervantismo de Ortega y la España de 1898», afirma:

...frente a la modernidad europea, el quijotismo representa una concepción del mundo enraizada en la intrahistoria del alma española e impregnada del idealismo de la acción heroica. De modo que, para Unamuno, la esencia de lo español hay que buscarla en los conquistadores, en la Contrarreforma, en Loyola y en la mística (que él define como metafísica del hombre según la economía de lo eterno) ...²⁹

Aquí se pone de manifiesto como el alma española que ya produjo figuras como los conquistadores, los santos y los personajes inmortales como Don Quijote es el camino a seguir para superar la situación en la que se encuentra inmerso el país y la solución no debe venir de doctrinas foráneas que solo secan la fuente de la vida.

En Azorín en su libro titulado: *Visión de España*, encontramos en el capítulo titulado: El caballero del verde gabán:

... Y yo os pregunto, amigas mías, buenos amigos: ¿qué crees que importa más para el aumento y grandeza de las naciones: estos espíritus solitarios, errabundos, fantásticos y perseguidores del ideal, o estos otros prosaicos, metódicos, respetuosos con las tradiciones, amantes de las leyes, activos laboriosos y horados, mercaderes, industriales, artesanos y lavadores³⁰.

Nos parece observar como Azorín siente admiración por la locura por lo que nos saca de lo normal, del vegetal cotidiano, pero a la vez es práctico y no olvida que vivimos de realidades y necesitamos alimentarnos cada día. Eso que ignoran los locos y aquellos que idealizan sus aventuras o andanzas. No desdeñamos la observación que quizás contribuya a conocer la obra de Miguel de Unamuno con este nuevo matiz, pero nos parece que no entra en lo nuclear de la obra del profesor de griego de la Universidad de Salamanca

Rogelio García Mateo en su artículo: «Don Quijote de la Mancha e Iñigo de Loyola en Unamuno según “*Vida de Don Quijote y Sancho*”»:

Una nota característica de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, es el hecho de estar compuesta en forma de *vidas paralelas*, a la manera de Plutarco, entre Don Quijote de La Mancha y san Ignacio de Loyola, partiendo, para este último, de la vida que compuso el gran escritor jesuita, fumado bajo la dirección del mismo san Ignacio, Pedro de Ribadeneira, con el título *Vida del bienaventurado Padre Ignacio de Loyola* (1583). Las semejanzas no se establecen solo con san Ignacio, aunque él es el patrón principal, sino también con santa Teresa y otros santos³¹.

²⁹ SÁNCHEZ MECA, D., (2005): «El Quijotismo de Unamuno, el Cervantismo de Ortega y la España de 1898», En *Praxis Filosófica*, n.º, 20, p. 76.

³⁰ AZORÍN, (1982): *Visión de España*, Espasa-Calpe Madrid, pp. 139-140.

³¹ GARCÍA MATEO, R., (1999): «Don Quijote de la Mancha e Iñigo de Loyola en Unamuno según “*Vida de Don Quijote y Sancho*”» *Acta del VIII Coloquio Internacional de Cervantinas*, coordinado. José Ramón Fernández de Cano y Martín, El Toboso p. 54.

Es rigurosamente cierto lo que pone de manifiesto en autor en la cita, pero no compartimos la importancia que da a la comparación de la locura de Don Quijote y la de Iñigo de Loyola, pues siendo cierto que aparecen otros santos y héroes en la comparación Miguel de Unamuno se centra muchísimo más en los dos personajes buscando puntos en común como reflejo en los dos el alma del pueblo. Nos parece casi un pretexto para profundizar en otros temas que aparecen en la obra más que un análisis de lo que promete el título.

La locura de Don Quijote la presenta como falta de adaptación al medio y dice que su superación es con la cristiana muerte y la otra vida que le espera. Pensamos que es una explicación comprensible sobre la locura de Don Quijote. Sentimos no poder decir algo similar de la locura de Iñigo de Loyola, pues el autor no lo cita. Nos parece que de citarlo sería sugerente la explicación como lo es la de locura de Don Quijote. Si consultamos el artículo de Javier Blasco Pascual, titulado: «La Vida de don Quijote de la Mancha o lo que habría ocurrido si don Quijote hubiese en tiempo de Miguel de Unamuno vuelto al mundo», encontramos, según él, que *Vida de Don Quijote y Sancho* es un autorretrato de Miguel de Unamuno:

En la práctica, la Vida de don Quijote y Sancho no es otra cosa que el autorretrato que, adornado con toda una serie de valores (fe, valor, locura, pasión, etc.), Unamuno hace de sí mismo para ofrecérselo al lector como paradigma de un programa vital, que antes es el de Unamuno que el de Cervantes³².

No cabe duda de que es cierto que Miguel de Unamuno hace una lectura e interpretación personal y peculiar de la obra de Cervantes, pero de alguna forma toda lectura aviva en nosotros sentimientos, anhelos y frustraciones y el autor vasco en esto no iba a ser diferente, si bien es verdad que su hermenéutica es muy personal. Después el autor citado presenta al autor analizado como un intento de convertirse en un santo laico de la España de finales del siglo XIX y principios del XX. Nosotros no tenemos suficientes elementos de juicio para negar o afirmar lo dicho, pues nos parece cierto que Miguel de Unamuno pide contagiarse de la locura de Don Quijote y San Ignacio, pero no vemos tan claro reflejado ese trasluz de la vida de Cristo. Más adelante el mismo autor citado afirma:

Las locuras de don Quijote y de Ignacio de Loyola son variaciones sobre un paradigma que se universaliza en la figura de Cristo, en una clave de lectura —tan moderna y modernista (a la vez de regeneración y de mesianismo)— que ensaya el fin de siglo: «Como Cristo Jesús, de quien fue siempre don Quijote un fiel discípulo, estaba a lo que la aventura de los caminos le trajese»³³.

No estamos seguros de que las locuras apuntadas se universalicen en la figura de Cristo como afirma el autor; a nuestro modo de ver por lo leído en la obra de Miguel de Unamuno, nos parece que la conclusión va más lejos que las premisas, pues no vemos tan claramente universalizada en las locuras analizadas como hilo conductor la figura de Cristo en los dos casos, aunque es evidente en la del santo de Azpeitia. Unas páginas después: «... pero, sobre todo, don Quijote (teñida su

³² BLASCO PASCUAL, J., (2004): «La Vida de don Quijote de la Mancha o lo que habría ocurrido si don Quijote hubiese en tiempo de Miguel de Unamuno vuelto al mundo», *Letras Hispanas*, vol.1, p. 56.

³³ *Ibid.*, p. 59.

imagen por la de Ignacio de Loyola) le proporciona a Unamuno la máscara pública sobre la que articular una imagen del intelectual en la que reconocerse como “caballero de una fe laica”³⁴. Quizás, sea verdad esta observación, aunque no nos parece tan clara como el autor pone de manifiesto. Además, en el artículo hace una serie de comparaciones con los ejercicios espirituales de Iñigo de Loyola que nos parece complicado probar para nuestro exiguo conocimiento del tema y casi al final del artículo aparece:

En esta clave, don Quijote es para Unamuno otro Ignacio de Loyola, el santo llamado a encarnar una propuesta de regeneración que busca en una forma de religión laica (antes que, en la economía, en la política o en la ciencia) «una visión del pasado» que «nos empuje a la conquista del porvenir»³⁵.

Estamos de acuerdo con el autor en que Miguel de Unamuno encuentra una forma en esas locuras y en otras que nos lleve a la búsqueda de un porvenir para un país que fue y ya no es y que languidece por la falta el aliento vital, por falta de la encarnación del espíritu del pueblo. En Miguel Cruz Giráldez, «La locura caballeresca de don Quijote», vemos:

...Tras ella se revela toda la tradición literaria con la que nuestro autor estaba familiarizado: aquella que, procedente del humanismo renacentista, se asentaba en el concepto de locura lúcida, tal como ha sido formulado por Erasmo de Rotterdam en su *Elogio de locura*, un texto fundamental sin el cual no hay modo de entender el *Quijote*. De aquí extrajo seguramente Cervantes esa noción instrumental de la locura como mecanismo idóneo para la sátira y la desmitificación de los convencionalismos sociales; una locura positiva, liberadora, bajo cuya irracionalidad aparente se esconde un buen sentido y la discreción³⁶.

Nos parece acertada esta observación sobre la locura de don Quijote y su entronque con el ambiente religioso de la época en la que fue escrita la obra y sin lugar a duda contribuye a situar la locura de Don Quijote y también su cordura cuando se prepara para abandonar este valle de lágrimas. El autor citado anteriormente concluye su artículo: «El hombre moderno ha perdido para siempre sus anclajes y pasadas seguridades. Ahora tendrá que enfrentarse por sí solo a la confusa aventura de la existencia. Y Don Quijote es la más perfecta imagen de tal desolador descubrimiento»³⁷. Aguda observación que plasma la realidad de la situación de forma concisa en pocas palabras, esas que utiliza el buen entendedor

Si consultamos las *Meditaciones del Quijote*, de José Ortega y Gasset, encontramos que no hace menciones concretas al tema objeto de estudio, pero lo que manifiesta para nada va en la línea de lo apuntado por Miguel de Unamuno, pues, por ejemplo, dice: «¡Tierra de antepasados...! Por lo tanto, no nuestra, no libre propiedad de los españoles actuales. Los que antes pasaron siguen gobernándonos y forman una oligarquía de muerte, que nos oprime...»³⁸. Vemos que achaca el que se considere que estamos atados al pasado y los que nos antecedieron siguen gober-

³⁴ *Ibid.*, pp. 65-66.

³⁵ *Ibid.*, p. 66.

³⁶ CRUZ GIRÁLDEZ, M., (2008): «La locura caballeresca de don Quijote». *Revista de Humanidades*, 15, p. 67.

³⁷ *Ibid.*, p. 69.

³⁸ ORTEGA Y GASSET, J., (1976): *Meditaciones del Quijote*, Espasa-Calpe, Madrid, p. 34.

nándonos y a su vez Miguel de Unamuno pretende imbuirnos del alma de personajes del pasado que hicieron grande este país para encontrar en ellos un futuro que nos saque de las tinieblas actuales propiciándonos luz y esperanza. La oposición es muy clara entre los dos autores y en el segundo no vemos casi mencionado el tema de buscar en el pasado el alma de nuestro pueblo que nos salvará, es más el pasado solo mata la vida, aunque él proponga una mezcla de lo nuestro con lo que llega de Centroeuropa para encontrar esperanza para nuestro pueblo. No vemos desarrollado el tema de buscar el alma de España en el pasado de los personajes ya sean profanos (como Don Quijote) o religiosos (como Íñigo de Loyola), pues un mismo espíritu guía a los que nos precedieron y a él debemos recurrir, según el profesor de griego de la Universidad de Salamanca, si queremos significar algo de nuevo en la historia de la Humanidad.

3. VALORACIÓN

El ensayo *Vida de Don Quijote y Sancho*, de Miguel de Unamuno, nos parece que presenta pinceladas extraordinariamente ricas de la cultura española, que a veces incluyen a la lusa, por las múltiples citas de personajes que tienen que ver con ambas culturas. En el caso español abarca desde Huarte de San Juan y su obra *Examen de ingenios*, que se cita con frecuencia, (y, a veces, como argumento de autoridad), hasta Teresa de Jesús pasando por Íñigo de Loyola y abundantes personajes que tienen que ver con nuestra cultura pasada como ya mencionamos y con la portuguesa, quizás tratando de reflejar todo lo que ocurre en la cultura de la península Ibérica. El autor parece que todo lo realiza con la intención de entender un pasado glorioso y buscar un futuro lleno de esperanza para un país que languidece por falta de espíritu o de locura como diría, sin lugar a duda, el profesor de griego.

Tenemos la impresión de que la manifestación de la locura de Ignacio de Loyola es heredada por Don Quijote y por Miguel de Unamuno, y a su vez el primero la había recibido de todos aquellos que contribuyeron a que nuestro país fuese un Imperio. Nos dice que sólo los personajes tocados por la locura son capaces de realizar obras fuera de lo corriente, pues los que viven según el sentido común pasan por esta vida sin pena ni gloria, pues sus obras nacen ya muertas, sin espíritu que las vivifique. En la obra de Miguel de Unamuno se ve reflejada esa locura que nos hizo grandes, como pueblo, en el mundo y en este momento de crisis y zozobra a ella tenemos que retornar para poder encontrar el camino que vuelva a producir un país próspero con un futuro cierto y palpable. Si por el contrario caemos en la tentación de aquellos que buscan nuestro futuro en la imitación de lo ajeno solo lograremos languidecer, pues lo nuestro sabemos que en el pasado produjo gloria y es posible que vuelva a ocurrir en el futuro y en cambio lo foráneo es una gran incógnita y un riesgo que no podemos permitirnos asumir dada la situación de desesperación en la que se encuentra inmerso nuestro pueblo. La locura, o más bien los locos de nuestro pasado, nos salvará de caer en la irrelevancia, de vivir en el olvido como pueblo que fue y ya no es y al que sólo le queda esperar la muerte anunciada. Íñigo de Loyola, Don Quijote, Miguel de Unamuno y cuantos fueron tocados por la locura

saben que el camino fuera de lo común, fuera de eso que se llama cordura, lleva a la vida plena de entusiasmo y produce ganas de vivir, produce obras para contribuir a crear la realidad de lo cotidiano y dar sentido a lo que nos rodea. Diríamos que la locura vivifica y el sentido común mata a la fuente de vida, la trivializa y la convierte en irrelevante. Se debe buscar esa locura vivificante que produjo vida en el pasado y fructificó y nos situó en la historia como pueblo y por eso la fuente de la vida se encuentra en esa locura que seguirá produciendo nueva vida cara al porvenir, ese que tenemos que ir construyendo, paulatinamente, utilizando como guía a estos grandes locos de nuestro pasado que supieron dar a su vida un sentido y a la vez contribuyeron de forma decisiva a situar a nuestro pueblo en lo más alto de la historia de la Humanidad. Quizás, aquí se encuentre latente aquello del poeta Jorge Manrique, en *Coplas a la muerte de su padre*, que dice: «cualquier tiempo pasado fue mejor». Tal vez, se esté dando demasiado peso al pasado o a la tradición como guía de un futuro incierto y de un presente que destaca por su encorsetamiento y raquitismo. El futuro, de ser, será la reencarnación de la locura del pasado para contribuir a la construcción de un nuevo país que vuelva a significar algo en la historia y todo lo que no nos ayude a esto se debe considerar música celestial, pues es prolongar la agonía y la meta será la muerte sin ninguna esperanza de poder resurgir de las cenizas del presente que ya sin ascuas languidece.

No pretendemos considerar a Miguel de Unamuno como un tradicionalista, sólo tratamos de ayudar a comprender su cambio de mentalidad en relación al tema de dónde debe España de buscar su salvación en la Europa coetánea, esa de los mercados, o en la España de los héroes de nuestro pasado, de los locos, de los místicos. Para el rector de la Universidad de Salamanca, en este libro, la respuesta es clara, pues necesitamos buscar en nuestras raíces empaparnos del espíritu, de esos locos que nos precedieron, para poder volver a significar algo, otra vez, en la historia de los pueblos. La locura se da en una serie de españoles y en la obra es contrapuesta entre Íñigo de Loyola y Don Quijote. Además de en la forma de vivir de un pueblo que propicio su desarrollo. Esta locura, que es la misma en todos nuestros personajes que destacaron en la historia, es la que, en este momento, nos sacará del aletargamiento al que nos llevó la mediocridad y nos conducirá a un nuevo renacer como país y como pueblo inmerso en la historia de los pueblos. Solo tenemos que regresar al camino y dejarnos guiar y volveremos a ser el pueblo que supo vivir en plenitud y produjo manifestaciones dignas de ser recordadas en la memoria y a la vez que producen inmortalidad las hazañas de esos locos que las realizaron en su vivir lo cotidiano.

Ángel Valbuena Prat, en su obra *Historia de la literatura española*, apunta el que en esta obra de Miguel de Unamuno se encuentre un intento de conjugar éste el alma de España plasmada, para él, en Don Quijote y el alma vasca, plasmada, a su vez, en Íñigo de Loyola. Nos parece una idea muy digna de consideración, pues parece que se puede fundamentar, de alguna manera, apoyándonos en la interpretación de la obra objeto de análisis, pero acaso son almas diferentes. A nosotros, según lo entendido en la obra, nos pareció que son la misma alma que se plasmó y plasma en la historia de nuestro pueblo en zonas geográficas distintas contribuyendo con ello a dar riqueza a nuestra cultura y al país que configuramos. Como es fácil de comprobar *Don Quijote* va a influir, a lo largo de los siglos, en gran número de escritores y algunos de gran relieve como por ejemplo Dostoievski y su obra titulada *El idiota*;

pero la obra del otro, la de Íñigo de Loyola, parece fundamental para poder comprender la evolución del catolicismo en los últimos siglos de la historia.

Vemos que Miguel de Unamuno no pierde ocasión de establecer un paralelismo entre la vida de Don Quijote y la de Ignacio de Loyola, quizás el hecho de que tanto el personaje de la obra de Cervantes como el santo de la contrarreforma tuviese relación con las armas es motivo suficiente para que se establezca la comparación y que esto propicie algún punto de apoyo. No obstante, la tarea es compleja, pues como bien sabemos en un caso uno de los personajes es un ente de ficción y el otro la hagiografía de un personaje de carne y hueso. Esto nos parece que crea una separación de mundos difícil de relacionar, aunque el rector de la Universidad de Salamanca los compagina con maestría y destreza. A nuestro juicio, en el lector se produce la sensación de como si los dos personajes fuesen históricos y realizaran sus hazañas similares en esta vida en lugares muy distintos de nuestra geografía movidos por inquietudes muy parecidas, pues, a su manera, cada uno de los personajes pretende construir un mundo más humano y mejor por medio de sus obras. Estas obras son vistas por aquellos que presumen de tener mucho sentido común como locuras, pues no existe duda alguna en que los dos personajes realizan aventuras fuera de lo corriente de los mortales que les rodean. En los dos anida como motor el ansia de ayudar al prójimo que se encuentra en apuros en esta vida llena de avatares y de injusticias por todas partes.

Da a entender con frecuencia el rector de Salamanca que la vida de la fama sacada de los libros de caballerías leídos por ambos hicieron mella en sus propias vidas y propiciaron su paso a la historia como figuras singulares de nuestro pueblo, pueblo donde, como bien sabemos, abundan los picaros y algún que otro caballero como los analizados aunque uno de ellos sea de carne y hueso, el otro sea un mero ente de ficción que sirve para despertar conciencias dormidas de un pueblo, que debe buscar su lugar de nuevo en la historia, desorientado por la pérdida de las últimas colonias que nos llevan a una etapa de oscuridad y desasosiego interior, pues la zozobra se convierte en compañera inseparable de nuestro viaje, y no logramos vislumbrar a dónde nos lleva, por la gran oscuridad reinante. Quizás, Miguel de Unamuno no dejaba de invocar a la santa locura que nos salve de lo prosaico del sentido común y de esta forma conseguiremos pasar a la historia como algo vivificante para cuantos se acerquen en busca de la esperanza para poder soportar el transcurrir de lo cotidiano.

Apreciamos en la comparación de la obra de uno y otro de los locos una gran desigualdad, pues el ente de ficción sigue generando admiración y el santo de la contrarreforma fundó una obra que perdura a través de los siglos y que para algunos es un baluarte de la iglesia católica que nada tiene que ver con la obra de un loco, aunque sea uno loco por Cristo. Quizás el profesor de griego de la Universidad de Salamanca no quería comparar los frutos de sus obras, pues pretendía decirnos que a los dos los movió una misma fuerza fuera de lo común. Es cierto que Don Quijote recobra el juico y muere como el aldeano y el buen cristiano, Antonio Quijano, que cumple con todo lo establecido en la época para abandonar este mundo como buen católico y que el santo pasa a vivir su fe en profundidad y a dejar una obra para la posteridad; obra en la que marca su impronta de la vida que llevó después de su conversión. No hemos pretendido analizar en profundidad que razones llevaron a uno y a otro a sus respectivas locuras, aunque en el *Quijote*, parece que

queda claro que los libros de caballería produjeron la locura de Don Quijote y en la vida de San Ignacio su herida de guerra le llevo a la lectura de los libros de santos a los que trató de imitar recuperándose de sus heridas, y que fueron estos libros los que produjeron su locura. Nos parece cierto que ambas locuras para Miguel de Unamuno se deben a que los dos representan almas fuera de lo corriente que marcan pautas para que otros sigan sus huellas y las doten de vida.

Lo apuntado nos lleva a considerar que solo le interesa el Ignacio de la locura que lo llevó a la conversión a convertirse en alguien que se va a inmortalizar por perder el juicio y no por su obra, aunque sea difícil de deslindar al hombre y a la obra, el autor opta por silenciar la parte que no le interesa para su interpretación del personaje, esto puede ser entendido como una distorsión del personaje, pues no trata de abarcar toda la realidad se limita solo a una parte, pues es una licencia del autor de un texto. Esto no ocurre con Don Quijote del que habla antes de su conversión en caballero andante, de sus aventuras y desventuras como caballero por tierras de España y de la vuelta al juicio y de su cristiana muerte en su casa de aldea rodeado de los suyos. La vida de Ignacio de Loyola comienza cuando es herido y pide libros para ayudar en la espera de su recuperación y le proporcionan libros de santos que despiertan en él la locura por la imitación y que le llevan a realizar un tipo de vida concreto.

Para analizar la obra nos hemos apoyado en la interpretación hermeneútica de Gadamer cuando nos habla de fusión de horizontes y del diálogo con el texto. Además, tuvimos en cuenta a P. Ricoeur cuando afirma que se debe considerar cuanto manifestaron otros de un tema para no perdernos en el camino a seguir y tratar de conjugar lo propio con lo expresado por los que nos precedieron en el camino. En general de las interpretaciones citadas no compartimos el escoramiento hacia lo religioso que presentan algunas de ellas, pues es un factor importante por la época, por los personajes y por el autor, pero a pesar de lo dicho no lo vemos tan determinante y claro como algunos estudios ponen de manifiesto. No obstante, la cuestión sigue abierta y caben más interpretaciones que la nuestra analizando lo manifiesto y considerar lo latente tanto en un caso como en el otro en su justa medida y siempre buscando esclarecer el contenido de la obra analizada cara a fundamentar su valor para la cultura de nuestro pueblo.

Podemos concluir que esta es la lectura del *Quijote* de Miguel de Unamuno y esas son sus licencias como autor de *Vida de Don Quijote y Sancho* y lo demás son conjeturas plausibles en mayor o menor medida. Esperemos que alguien más docto encuentre algún día las razones de la comparación de estas dos locuras y todo lo que conlleva, mientras tanto nos toca esperar o seguir indagando. Nosotros nos conformamos solo con el planteamiento de la cuestión y con las hipótesis apuntadas. No obstante, tenemos la impresión de que el cambio en la posición de Miguel de Unamuno respecto al significado de Don Quijote tiene mucho que ver con su crisis religiosa y que esta crisis va a marcar su interpretación de la vida de la muerte y el problema de España. El asunto religioso es importante en la interpretación de esta obra y en la vida del profesor de griego de la Universidad de Salamanca y también el problema de España y la búsqueda de soluciones a la ingrata realidad que le toca vivir por falta de un horizonte plausible para su país. Quizás la religión marca más las locuras y las vidas de los tres personajes de lo que nosotros hemos tratado de plasmar en estas páginas.

BIBLIOGRAFIA

- Azorín (1982). *Visión de España*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Blasco Pascual, J. (2004). «La Vida de don Quijote de la Mancha o lo que habría ocurrido si don Quijote hubiese en tiempo de Miguel de Unamuno vuelto al mundo», *Letras Hispánicas*, vol. 1.
- Cervantes, M. (2013). *Don Quijote de la Mancha* (edición de Francisco Rico). Madrid: Alfaguara
- Cruz Giráldez, M. (2008). «la locura caballeresca de don quijote». *Revista de humanidades*, 15.
- Davidson, P. (2012). «Don Quijote de Loyola: sus asociaciones por lectores a lo largo del tiempo», *Cuadernos de Aleph*, 4.
- Dostoievski, F. (1968). *El idiota*. Madrid: Alianza.
- García Mateo, R. (1999). «Don Quijote de la Mancha e Iñigo de Loyola en Unamuno según "Vida de Don Quijote y Sancho"», *Acta del VIII Coloquio Internacional de Cervantinas*, coordinado. José Ramón Fernández de Cano y Martín, El Toboso.
- González Caminero, N. (1948). *Unamuno*. Tomo I: *Trayectoria de su ideología y su crisis religiosa*, Universidad de Comillas, Santander.
- Guy, A. (1985). *Historia de la filosofía española*. Barcelona: Anthropos.
- Iparaguirre, I. y Dalmases, C. (1982). Introducción general, en *Obas completas de San Ignacio de Loyola*. Madrid: BAC.
- Latorre Izquierdo, J. y Gutiérrez Degado, R. (2013). «Europa y las meditaciones del Quijote de José Ortega y Gasset» en *Actas del III Congreso de Hispanistas de Ucrania Sebastopol 2012*, Kiev, Embajada de España en Ucrania.
- López-Pasarín Besabe, A. (2009). «En torno a la Vida de Don Quijote y Sancho, de Unamuno: Cuestiones de Hermenéutica», en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*.
- Mariás, J. (1956): *Filosofía española actual, Unamuno, Ortega, Morante y Zubiri*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Mir i Noguera, M. (1896). *Los jesuitas de puertas adentro: o un barrido hacia fuera de la Compañía de Jesús*, Tipografía de Luis Tasso. Barcelona.
- Ortega y Gasset, J. (1976). *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Plutarco (1979). *Vidas paralelas*, Contraportada del tomo II. Barcelona: Imprenta Juvenil.
- Rivadeneira, P. (1583). *Vida de Ignacio de Loyola, fundador de la religión de la Compañía de Jesús*. Madrid.
- Sánchez Meca, D., (2005). «El Quijotismo se Unamuno, el Cervantismo de Ortega y la España de 1898», En *Praxis Filosófica*, nº, 20.
- San Ignacio de Loyola (1982). *Obras completas*. Madrid: BAC.
- Unamuno, M. (1976). *Vida de Don Quijote y Sancho*, decimosexta edición. Madrid.
- Unamuno, M. (1976). *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 260. Madrid: Espasa-Calpe.
- Unamuno, M. (1980). *El caballero de la triste figura*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Valbuena Prat, A. (1974). *Historia de la literatura española*, tomo, IV. Barcelona: Gustavo Gili.
- Vossler, K. (1962). *Algunos caracteres de la cultura española*, p. 150. Madrid: Espasa-Calpe.

Instituto de Enseñanza Media Monte Naranco
Oviedo (Asturias)
jalipiogm@educastur.org

JOSÉ ALIPIO GARCÍA MENÉNDEZ

[Artículo aprobado para publicación en febrero de 2023]